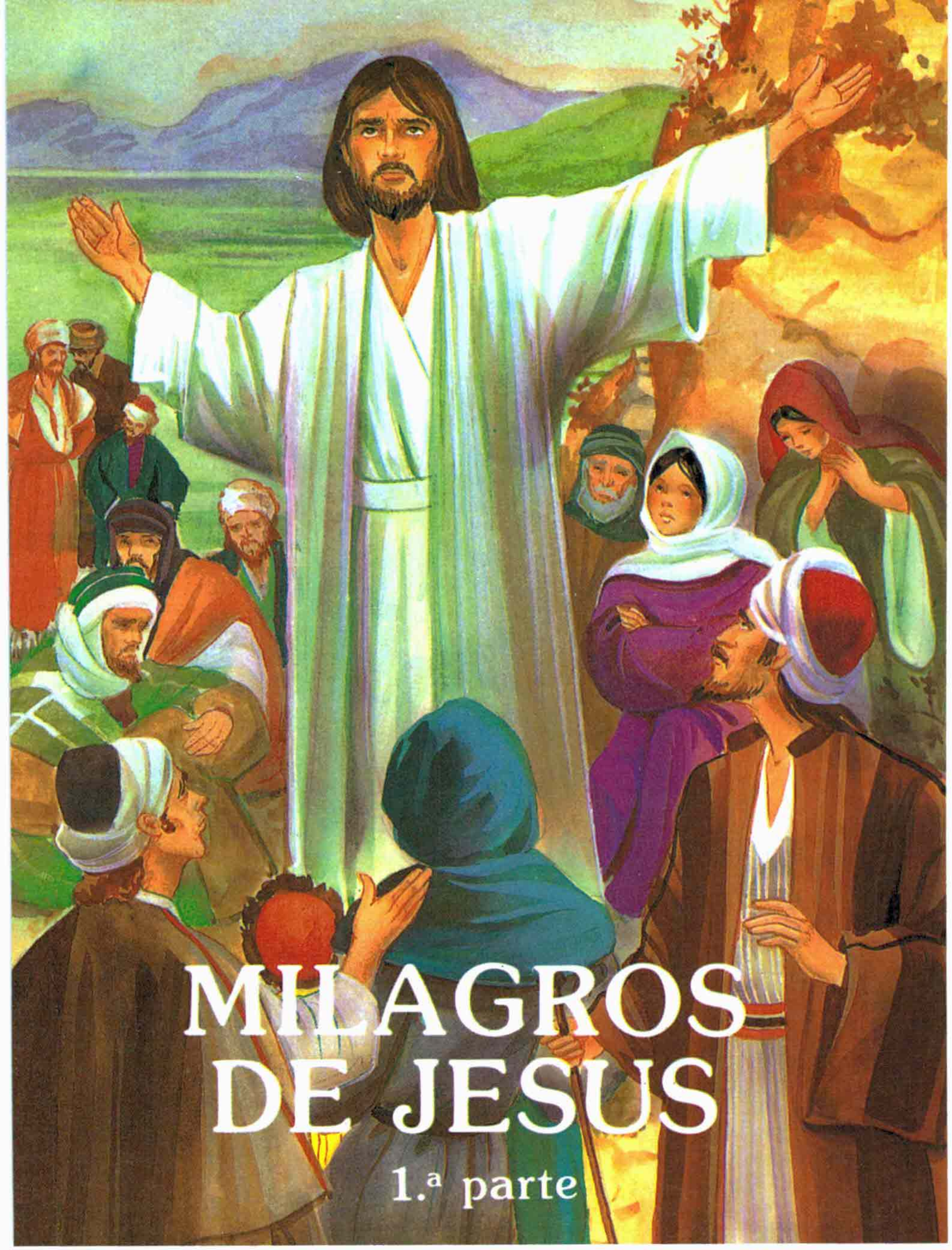


MILAGROS DE JESUS

1.ª parte

MILAGROS DE JESUS

1.ª Parte

Andrés Codesal Martín

Estos milagros han sido seleccionados y sacados del libro LOS EVANGELIOS CONCORDADOS ilustrados, libro muy recomendado que contiene los Cuatro Evangelios completos unificados y fundidos en uno.

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - SEVILLA

MILAGROS DE JESUCRISTO
1.ª PARTE

Las bodas de Caná (Jn.2,2-12)

Habiéndose celebrado unas bodas en Caná de Galilea, resulta que la Madre de Jesús estaba allí. Y pasando por allí el Señor, también fue invitado con sus discípulos.

Y como al final se juntaron más invitados de los esperados, resultó que a mitad de la fiesta se les acabó el vino.

Entonces, la Madre de Jesús se dio en seguida cuenta de lo que pasaba, seguramente porque no estaba sentada a la mesa con todos los invitados, sino más bien ayudando a los sirvientes. Y queriendo evitar a los novios la vergüenza y el bochorno de la falta del vino, se fue confiada a Jesús y le dijo: «No tienen vino».

Jesús entendió que su Madre le pedía un milagro, y cariñosamente le dice: «¡Mujer!, ¿qué nos va a ti y a mí? Aún no ha llegado mi hora» (de hacer milagros).

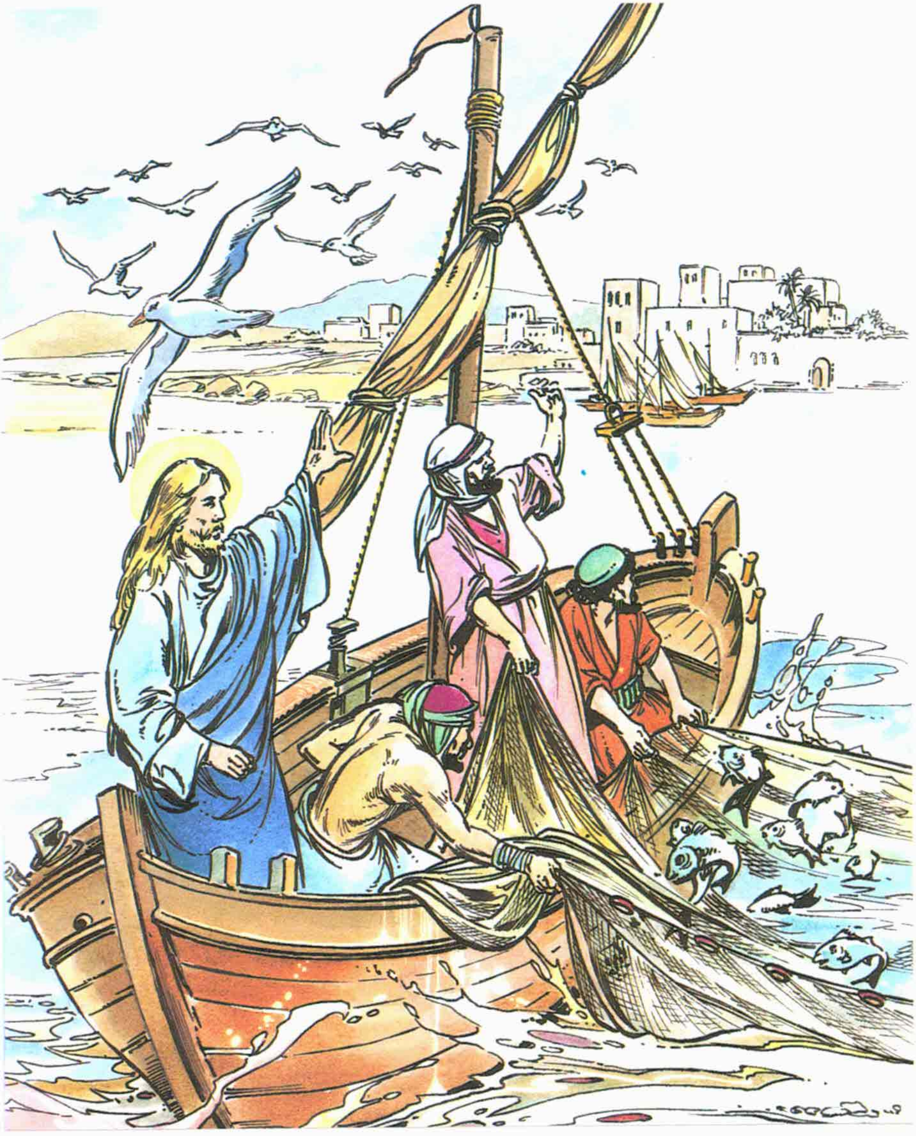
Pero la Virgen que sabía que su Hijo nunca le negó nada, confiada dijo a los sirvientes: «Haced lo que El os diga».

Había allí seis grandes tinajas de unos 36 litros cada una, y Jesús les dijo: «Llenadlas de agua». Y las llenaron hasta arriba. Entonces les mandó: «Sacad ahora y llevadle al mayordomo». Y ellos se lo llevaron.

Apenas probó el mayordomo el agua convertida en vino, llamó al novio y le dijo:

«Todos sirven al principio de la fiesta el vino bueno, y después, cuando ya están bebidos, sacan el malo. En cambio tú lo has hecho al revés; primero nos has dado el vino malo y ahora sacas el bueno».

Este fue el primer milagro que hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó sus poderes, y sus discípulos creyeron más en El.



La pesca milagrosa (Mt.4; Mc.1; Lc.5)

Estando Jesús enseñando junto al lago de Genesaret, sucedió que la muchedumbre se agolpaba para oír la palabra de Dios, y viendo dos barcas atracadas a la orilla, subió a una de ellas, que era de Simón, y le rogó que la apartase un poco de tierra; y desde ella, sentado, enseñaba a la muchedumbre.

Cuando acabó de hablar, dijo a Simón: «Navega mar adentro y echa las redes para la pesca». Le dijo Simón: «¡Maestro! Toda la noche hemos estado trabajando y no hemos conseguido pescar nada; pero, porque tú lo dices, echaré las redes».

Echaron las redes, y, en un momento capturaron tan grande cantidad de peces, que se rompían las redes. Entonces hicieron señas a los zebedeos que estaban cerca en otra barca para que vinieran a ayudarles. Vinieron y llenaron de peces las dos barcas hasta casi hundirse.

Al ver esto Simón Pedro, cayó de rodillas a los pies de Jesús, diciendo: «¡Señor, apártate de mí, que soy un hombre pecador!»

Y es que el asombro se había apoderado de él y de todos sus compañeros, por la pesca que habían hecho, e igualmente estaban admirados Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que vinieron con su barca para ayudar a Simón y Andrés.

Entonces dijo Jesús a Simón: «No temas; desde ahora serás pescador de hombres».

Llevaron las barcas a tierra, y, dejándolo todo le siguieron.

Lo mismo hicieron Santiago y Juan; dejaron a su padre Zebedeo en la barca con los jornaleros, y se fueron con Jesús.

Curación de un leproso (Mt.8; Mc.1; Lc.5)

Jesús recorría toda la Galilea enseñando en sus sinagogas y predicando el Evangelio del Reino de Dios y curando toda enfermedad y toda dolencia por donde pasaba.

Su fama llegó a toda Siria, y le traían todos los que se encontraban mal con enfermedades y sufrimientos de todas clases, endemoniados, lunáticos y paralíticos y a todos los curaba.

Le seguía una gran muchedumbre de Galilea, Decápolis, Jerusalén y del otro lado del Jordán...

Se acercó a El un leproso, y postrándose a sus pies, le suplicaba, diciendo: «Si quieres puedes limpiarme».

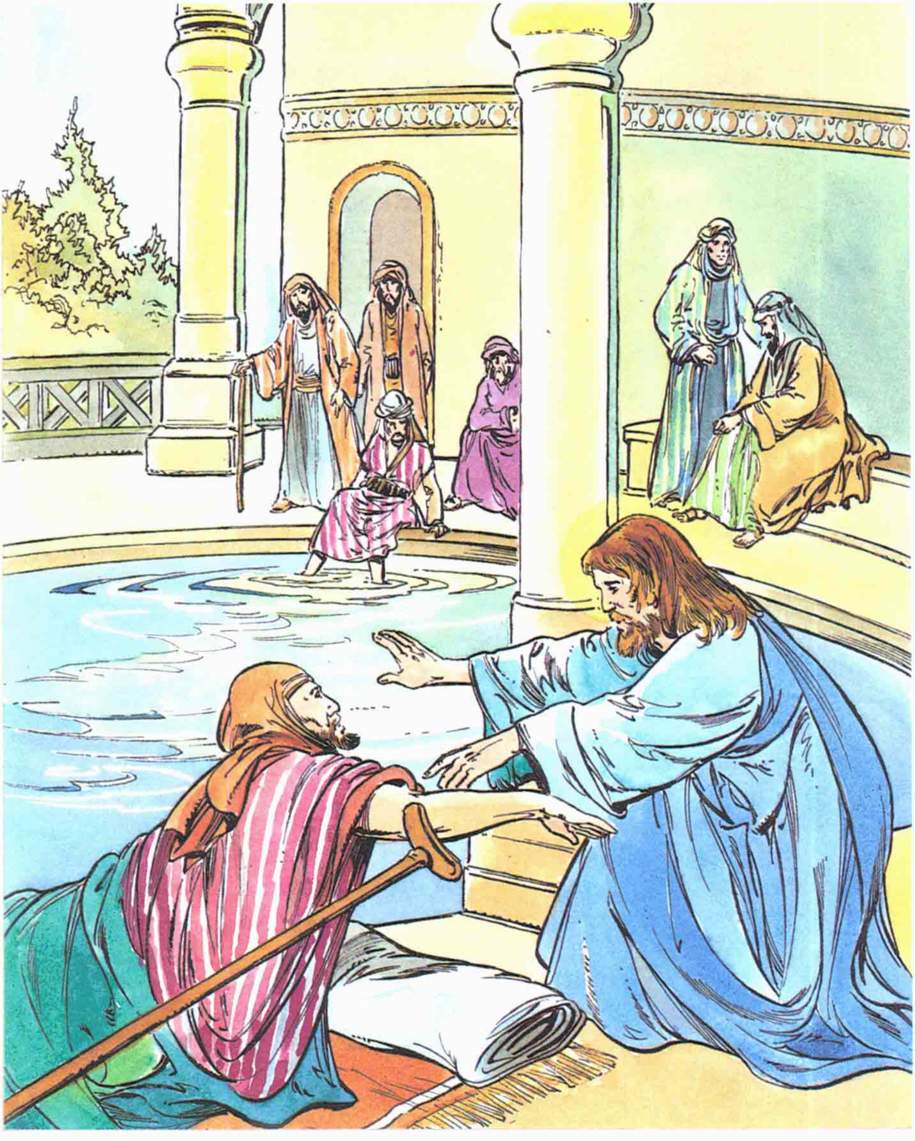
Jesús se movió a compasión, extendió su mano, le tocó y dijo: «Quiero, queda limpio».

En aquel momento le desapareció la lepra y quedó curado, y Jesús lo despidió, diciéndole: «No se lo digas a nadie y vete a presentarte al sacerdote para ofrecer por tu curación la ofrenda que prescribió Moisés, para que les sirva de testimonio».

Pero él, una vez que se fue empezó a decírselo a todos, y la fama de Jesús se extendió de tal manera que ya no podía entrar públicamente en las ciudades, y se tenía que quedar fuera en los lugares desiertos, y, en cuanto la gente lo sabía acudían en tropel a El de todas partes.

Cada vez su fama era mayor, y cada vez eran más los que acudían para oírle y para que les curase de sus enfermedades. No obstante, El por su parte, se retiraba a los lugares solitarios para hacer oración.

Con esto nos enseñaba Jesús que es muy importante hacer obras de caridad con los necesitados, pero sin descuidar la oración que es el alimento del alma; pues quien no hace oración, no podrá salvar su alma ni podrá hacer ningún bien a los demás.



El paralítico de la piscina (Jn.5,1-18)

Era la fiesta de los judíos y subió Jesús a Jerusalén.

Hay en Jerusalén, junto a la puerta de las ovejas, una piscina, llamada en hebreo Bezata, rodeada con cinco pórticos.

En ellos yacían muchos enfermos, ciegos, cojos, paralíticos, etc., que estaban esperando el movimiento de las aguas.

Pues un ángel bajaba de tiempo en tiempo a la piscina y agitaba el agua, y el primero que entraba en ella, después que había sido removida, quedaba curado de cualquier enfermedad que tuviese.

Entre tantos enfermos, Jesús se fijó en uno que ya llevaba enfermo treinta y ocho años.

Al verlo tendido en su camilla, y sabiendo que ya llevaba mucho tiempo esperando, lo miró y le dijo: «¿Quieres curar?»

El enfermo le respondió: «Señor, no tengo a nadie que me eche en la piscina cuando es agitada el agua, y mientras yo me acerco otros bajan antes que yo».

Entonces le dice Jesús: «Levántate, toma tu camilla y puedes irte».

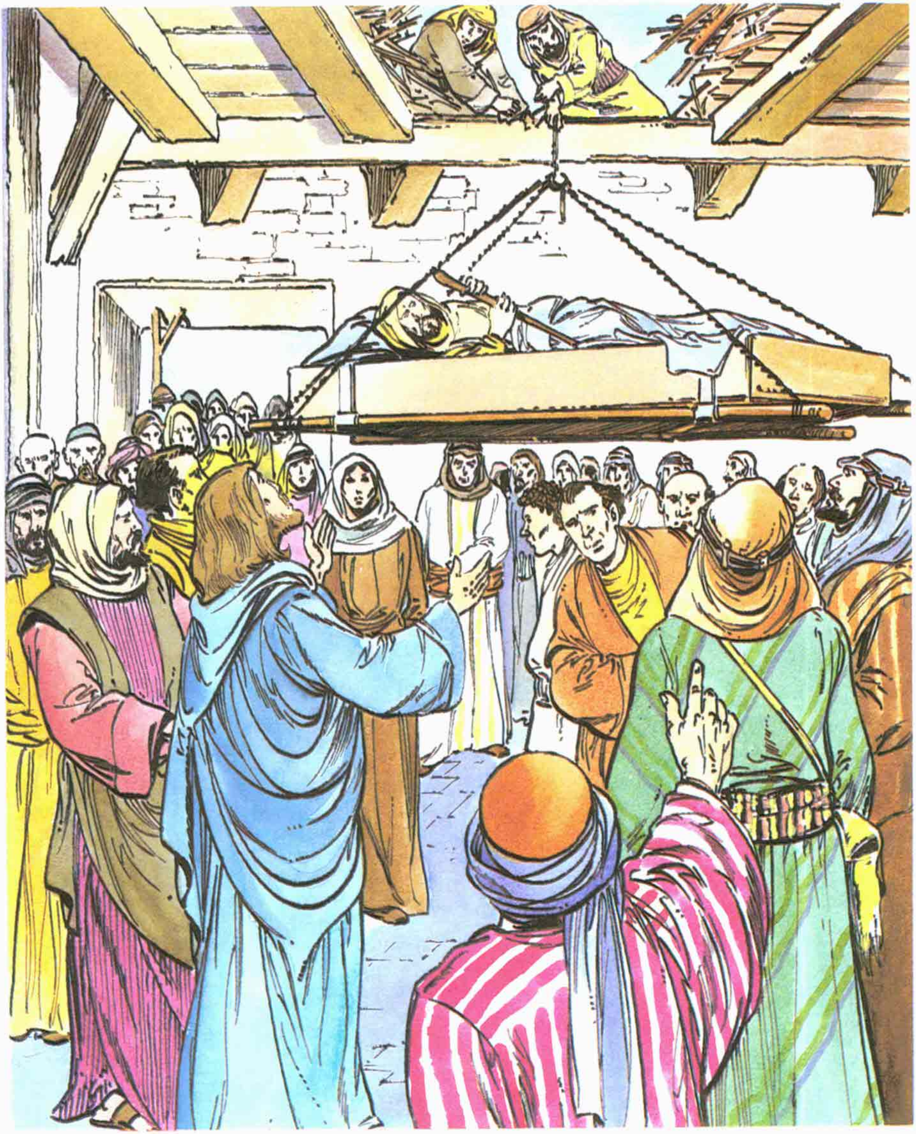
En aquel momento el hombre quedó curado, tomó su camilla y empezó a andar.

Aquel día era sábado y por eso los judíos que lo veían ir cargado con la camilla, le llamaban la atención y le decían: «Oye, que hoy es sábado y no te es lícito ir cargado con esa camilla».

El contestaba: «El que me curó, me dijo: «Toma tu camilla y anda». Y seguía su camino, sin saber quién era quien lo había curado, porque en el momento que lo curó, Jesús desapareció del medio.

Más tarde fue al templo y allí encontró de nuevo a Jesús que le dijo: «Mira, has sido curado, pero no peques más para que no te suceda algo peor».

Entonces supo que era Jesús quien lo había curado.



Cura a un paralítico en Cafarnaún (Mt.9; Mc.2; Lc,5)

Volvió Jesús a Cafarnaún su ciudad, y cuando la gente se enteró, acudió gran muchedumbre, hasta tal punto de no caber ni junto a la puerta de la casa donde El estaba.

Entre la multitud había sentados unos fariseos y maestros de la ley que habían venido de todos los pueblos y aldeas de Galilea, de Judea y de Jerusalén.

Entonces llegaron unos judíos que le traían un paralítico tendido en una camilla transportada por cuatro personas; pero al llegar cerca de la puerta les fue imposible pasar, porque la multitud se agolpaba.

Viendo que era imposible pasar, dieron vuelta por atrás de la casa y subiendo con el enfermo al tejado, hicieron en el techo un boquete y por él descolgaron la camilla con el paralítico, viniendo a caer delante de Jesús.

Al ver Jesús la fe de aquellos hombres, dijo al paralítico: «¡Confía, hijo, tus pecados te son perdonados!»

Los escribas y fariseos que le oyeron, empezaron a discurrir en su interior: «¡Este blasfema! ¿Quién puede perdonar los pecados sino sólo Dios?»

Conociendo Jesús lo que pensaban, les dice: «¿Por qué estais pensando mal dentro de vosotros? Decidme: ¿Qué es más fácil? ¿Decir al paralítico: «Perdonados te son tus pecados», o decir: «Levántate y anda»? Pues para que veais que el Hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecados –dice al paralítico–: ¡Levántate, toma tu camilla y vete a tu casa!»

Se levantó, y al punto, tomando su camilla, se marchó a la vista de todos, alabando a Dios, dejando a todos admirados, que, glorificaban a Dios, diciendo: «¡Hoy hemos visto cosas increíbles! ¡Jamás vimos cosa igual!»

La tempestad calmada (Mt.8; Mc.4; Lc.8)

Un día por la tarde, estando Jesús enseñando a la orilla del mar de Tiberíades, rodeado de mucha gente, dijo a sus discípulos: «Pasemos a la otra orilla».

Despidiendo a la multitud, subió a una barca con sus discípulos y fueron también con ellos otras barcas haciéndoles compañía.

Mientras navegaban, Jesús se acostó en la popa, y se durmió sobre un cabezal.

De repente se levantó un torbellino de viento huracanado, y las olas saltaban a la barca hasta casi llenarla.

Estando en gran peligro de hundirse, con mucho miedo, los discípulos se acercaron a Jesús y lo despertaron, diciendo: «¡Maestro! ¿No te importa que nos ahoguemos? ¡Señor, sálvanos que perecemos!»

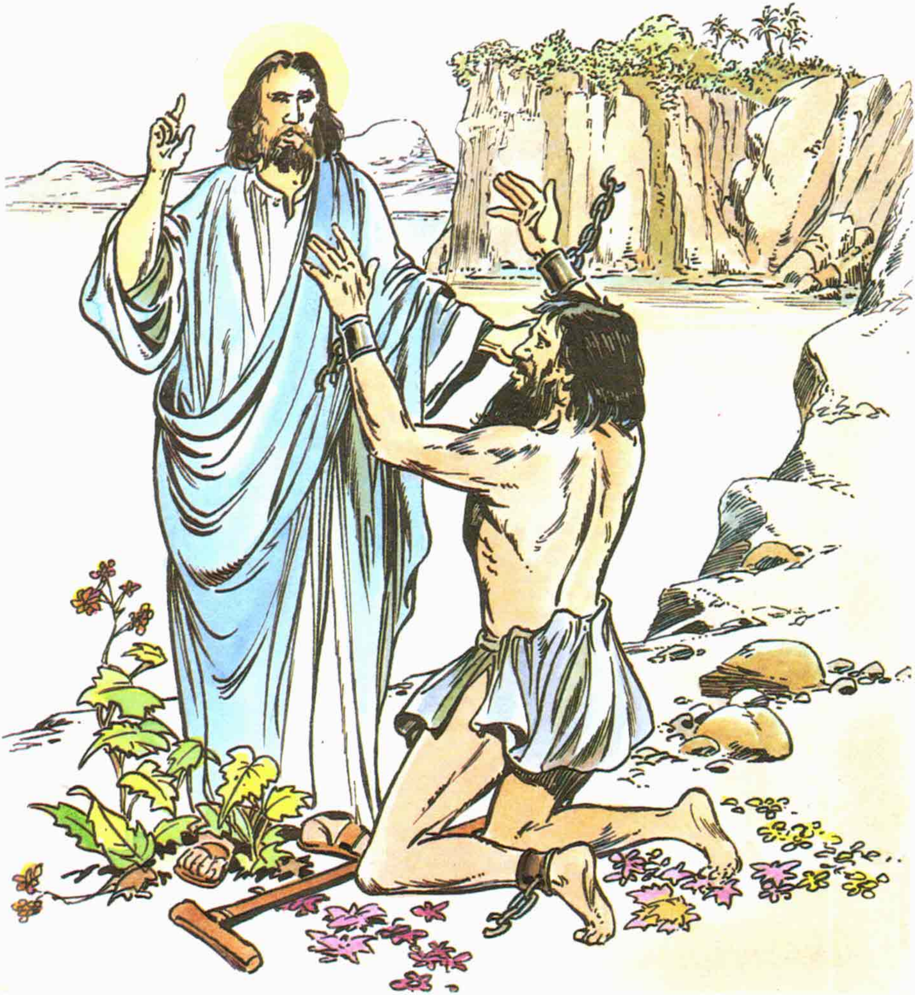
Jesús, incorporándose, les dijo: «¡Hombres de poca fe! ¿Por qué teméis?»

Y puesto en pie, increpó al viento y al mar, diciendo: «¡Calla! ¡Enmudece!».

Y al instante se calmó el viento y se hizo una gran bonanza.

Luego Jesús, volviéndose hacia sus discípulos, les dijo: «¿Por qué tenéis miedo? ¿Dónde está vuestra fe?».

Pero ellos, sobrecogidos por el temor y llenos de admiración, se decían unos a otros: «¿Quién es éste que hasta el viento y el mar le obedecen?».



El endemoniado de Gerasa (Mt.8; Mc.5; Lc.8)

Llegaron al otro lado del mar, y arribaron a la región de los gerasenos que está en la orilla opuesta a Galilea.

Apenas saltó Jesús de la barca a tierra, le salió al encuentro desde los sepulcros un hombre poseído de un espíritu inmundo, que andaba desnudo, sin vestidos, y hacía mucho tiempo que vivía en los sepulcros.

Nadie podía sujetarlo, ni con cadenas, pues muchas veces había sido atado con grillos y cadenas y había roto las cadenas y destrozado los grillos. Nadie podía domarle, y era tal su furia que nadie se atrevía a pasar por aquellos caminos.

Los días y las noches las pasaba en los montes y en los sepulcros continuamente gritando y golpeándose contra las peñas.

Al ver de lejos a Jesús, vino corriendo, se postró ante El, y gritando le dijo: «¿Qué es lo que quieres Tú de mí, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? ¿Has venido aquí ahora para atormentarme antes de tiempo? ¡Te conjuro por Dios que no me atormentes!».

Y es que Jesús le decía: «¡Espíritu inmundo, sal de este hombre!»

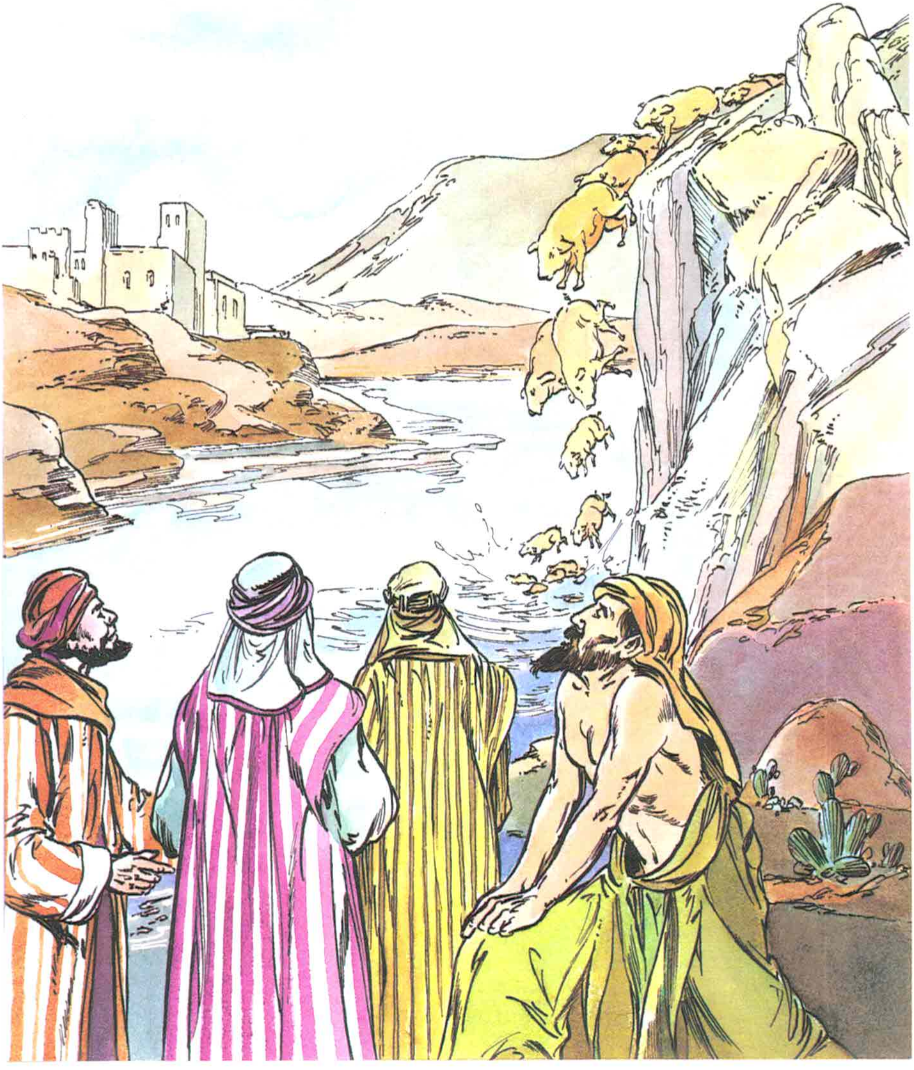
Luego le preguntó: «¿Cómo te llamas?»

El contestó: «Me llamo «Legión» porque somos muchos».

Y los demonios que estaban dentro del hombre, se pusieron a rogarle con insistencia que no los arrojara fuera de la comarca, y que no los mandara volver al abismo.

Había allí cerca, junto al monte, una piara grande de cerdos paciendo, y los demonios le suplicaron, diciendo: «¡Si nos mandas ir, échanos a los puercos, para que entremos en ellos».

Jesús se lo permitió, y les dijo: «Andad».



Los cerdos se precipitan al mar

En cuanto los demonios salieron del hombre, entraron en los puercos, y de pronto toda la piara se lanzó por el precipicio abajo sobre el mar, siendo unos dos mil los que se ahogaron en él.

Los porqueros que vieron lo ocurrido, huyeron a contar en la ciudad y por los campos todo lo ocurrido con los cerdos y con los demonios. Entonces todo el pueblo salió al encuentro de Jesús para ver lo que había sucedido.

Cuando llegaron, vieron a Jesús y hallaron al hombre del que habían salido los demonios que estaba tranquilo, sentado, vestido y con juicio, y ellos se atemorizaron.

Los que habían visto el milagro contaban cómo había ocurrido, y cómo habían salido los demonios del hombre y se habían ido a los puercos.

Entonces, toda la gente del territorio, se pusieron a suplicarle que se retirase de su tierra, porque estaban poseídos de gran temor.

Y cuando Jesús subía a la barca, el que había estado endemoniado le suplicaba le permitiese irse con El. Pero Jesús no se lo permitió, sino que lo despachó diciéndole: «Vete a tu casa con los tuyos y cuéntales todo lo que ha hecho el Señor contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti».

Se fue el hombre y comenzó a publicar por toda la ciudad, por la Decápoli y por todas partes todo cuanto hizo Jesús con él, y todos se admiraban.

La hija de Jairo y la hemorroísa (Mt.9; Mc.5; Lc.8)

Un jefe de la sinagoga, vino a Jesús y, postrándose a sus pies le suplicaba, diciendo: «¡Mi hija se está muriendo! ¡Ven y pon las manos sobre ella para que sane!»

Levantándose Jesus se fue con él acompañado de sus discípulos, y los seguían una gran muchedumbre que los oprimían.

Entonces una mujer que padecía flujos de sangre, desde hacía muchos años, y había sufrido mucho y todo su dinero se lo había gastado con médicos sin conseguir nada, sino que cada vez estaba peor.

Habiendo oído los milagros que hacía Jesús, se metió por detrás empujando por entre la gente, pensando: «¡Si pudiera tocar su vestido sanaría!»

Efectivamente, le tocó y se sintió sana.

Pero en aquel momento Jesús se volvió preguntando: «¿Quién me ha tocado?»

Pedro le dijo: «¡Maestro! Ves que toda la gente nos empuja y oprime, y dices ¿quién te ha tocado?»

Pero Jesús dijo: «Sé que alguien me ha tocado pues he sentido salir de mí cierta virtud».

Entonces la mujer, viéndose descubierta, se acercó a Jesús temblando y, postrándose a sus pies le dijo toda la verdad, declarando delante de toda la gente el motivo de haberle tocado, y cómo se había sentido sana al instante.

Mas Jesús le dijo: «¡Ten ánimo, hija!, tu fe te ha curado, vete en paz curada de tu enfermedad».

Y la mujer, desde aquel momento quedó sana de su mal.

Resurrección de la hija de Jairo (Mt.9; Mc.5; Lc.8)

Aún estaba Jesús hablando con la mujer que había padecido flujos de sangre, cuando llegan de la casa del jefe de la sinagoga, diciendo a Jairo: «Tu hija ya ha muerto. ¿Para qué molestar al Maestro?»

Oyendo Jesús lo que decían, se volvió hacia el jefe de la sinagoga, padre de la niña, y le dijo: «¡Ten fe y no tengas miedo! ¡Basta que creas y ella vivirá!»

No permitió que nadie le acompañara sino Pedro, Santiago y Juan, hermano de Santiago.

Cuando llegaron a la casa del jefe de la sinagoga todos lloraban y se lamentaban; pero Jesús les dijo: «¿Por qué lloráis? La niña no está muerta sino dormida».

Los que lo oyeron se reían y se burlaban de El, porque sabían que la niña había muerto.

Pero El, echándolos a todos fuera, tomó consigo al padre y a la madre de la niña, y con los tres discípulos que iban con El, entró donde yacía la niña.

Acercándose Jesús, cogió a la niña de la mano y le dijo: *Talitha Kumi*, que quiere decir: ¡Niña, levántate!

Inmediatamente, volvió el espíritu a la niña, se puso en pie y echó a andar, pues tenía doce años.

Sus padres quedaron atónitos. Jesús les dijo que dieran de comer a la niña, y les encargó que no dijeran lo ocurrido. No obstante, la noticia del suceso se corrió por toda la comarca.

Jesús camina sobre el mar (Mt. 14; Mc.6; Jn.6)

Cuando llegó la tarde, bajaron sus discípulos al mar, y, entrando en la barca, emprendieron la marcha hacia el otro lado del mar, hacia Cafarnaún.

Mientras navegaban, se hizo de noche y Jesús no estaba con ellos. Entonces empezó a soplar un viento muy fuerte y el mar se alborotó.

Estando a muchos estadios de tierra, la barca era azotada por las olas porque el viento les era contrario.

Entonces, cuando estaban en medio del mar, viendo Jesús el trabajo que les costaba avanzar, porque el viento les era contrario, fue hacia ellos caminando por encima de las olas del mar.

Mas ellos, al verle caminar sobre el mar y ver que se les acercaba, no le reconocieron, y creyendo que era un fantasma comenzaron a gritar muy asustados.

Pero enseguida Jesús les habló y les dijo: «¡Tened ánimo! ¡Soy yo! ¡No tengáis miedo!»

Pedro le respondió: «¡Señor, si eres tú, mándame ir a ti sobre las olas del mar!»

Jesús le dijo: «¡Ven!»

Saliendo Pedro de la barca, empezó a andar sobre las aguas caminando hacia Jesús. Mas al ver las grandes olas y el fuerte viento, tuvo miedo, y, como empezara a hundirse, gritó: «¡Señor, sálvame!»

Al punto Jesús, tendiendo la mano, le agarró y le dijo: «¡Hombre de poca fe! ¿Por qué has dudado?»

Luego que subieron, los de la barca se arrodillaron ante El, diciendo: «¡Verdaderamente eres el Hijo de Dios!»

Todos estaban asombrados sobremanera, pues ni siquiera habían entendido el gran milagro de la multiplicación de los panes, porque su entendimiento estaba como embotado y no comprendían los milagros de Jesús.

VIDAS DE SANTOS ILUSTRADAS A TODO COLOR

Historia de Jesús
La Virgen María
San José
Los Apóstoles
El Credo
Los Diez Mandamientos
Los Santos Sacramento
El Santo Rosario
La Virgen de Guadalupe
La Virgen Milagrosa
La Virgen de Lourdes
La Virgen de Fátima
San Simón Stok y la Virgen
San Pedro Nolasco y la Virgen
Santo Domingo y la Virgen
San Juan Bosco y la Virgen
Santos Justo y Pastor
Dos Santos de la Eucaristía
Santa Inés
Todos los Santos
Santa Teresa de Jesús
Santa Catalina de Sena
Santa Margarita de Alacoque
Santa Juana Lestonnac
San Pedro Apóstol
San Pablo Apóstol
San Juan Apóstol
Santiago Apóstol
San Francisco de Asís
Santa Clara de Asís
San Antonio de Padua
Florecillas de San Francisco
Santa Rosa de Lima
Santa Teresita del Niño Jesús
Santa Beatriz de Silva
Santa Rita de Casia
San Agustín de Hipona
Santo Tomás de Aquino
San Alfonso M.ª de Ligorio
San Juan de la Cruz
San Ignacio de Loyola
San Francisco Javier
San Francisco de Borja
San Luis Gonzaga
Sta. Isabel de Hungría
Isabel la Católica
Sta. M.ª Magdalena de Pazzi
Santa Gema Galgani
Santa Micaela del SS. Sto.
Santa Juana Fca. Chantal
San Juan Bautista
Santa María Magdalena
Santas Justa y Rufina
Santa Cecilia
San Juan de Dios
San Vicente de Paul
San Martín de Porres
San Roque
San Antonio Abad
San Benito Abad
San Bernardo Abad
San Bruno Abad
San Fernando Rey
San Luis Rey
San Hermenegildo Rey
Tres Reyes Santos
San Isidoro de Sevilla
San Leandro de Sevilla
San Ildefonso de Toledo
San Francisco de Sales
San Juan de Avila
San Leonardo de Portomauricio
El Santo Cura de Ars
San Luis Grignión de Monfort
Santo Tomás Moro
Santo Tomás de Canterbery
San Juan Nepomuceno
San Lorenzo Mártir

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA. ISBN: 84-7770-281-6. Depósito legal: M. 47.068-2000. Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

ISBN: 84-7770-281-6
9 788477 702818